

EL PARAÍSO DE LAS ISLAS

Cuentos del paraíso de las islas

16-02.

PROXIMA NO-NOVELA PARAÍSO

Emilio Sola

emilio.sola@cedcs.eu

Colección: Archivo, Galeatus, El paraíso de las islas

Fecha de Publicación: 09/07/2012, 15/03/2025 y 19/11/2025

Número de páginas: 7

I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

LA PRÓXIMA NO-NOVELA

I

EL NUEVO RIGOR IMPONE, PRIMERO, PRESENTARSE. No ya el antiguo anonimato de l'Amanuenses antigús –antiguos y antiguas, claro – que también tenía su gracia y permitía investigar a media docena de chicas como nosotrs –aunque suene algo a catalán – en bibliotecas y lugares de residencia de comuners antigús, como se le llamaba a aquella legión de revolvedores y revolvedoras, revoltós inclasificables e inagotables en su querer cambiarlo todo todavía más. Andábamos apagando fuegos de por Levante, aquel verano incendiario del inicio del cambio climático, que decían, y ya la Leila Naser no sé cuántas –van por la XLII o XLIII, ya ni recuerdo, pues viven todavía Leilas Naser del siglo pasado hasta la XX o XXII – anda achuchando a la gente para que se interese – se enrolle – en una reestructuración del jardín de Knosos y de los de Lesbos, pues hace por lo menos una generación entera que siguen igual que estaban. Y no quería entender que le dijéramos que veíamos más urgencia y prioridad en los fuegos de Olimpia que en los jardines de Knosos y de Lesbos; y ella gritaba y gritaba –nunca perdieron sus dotes histriónicas, tantas generaciones de actrices, cantantes y gente del espectáculo filmable. Y gritaba por los lugares de contratación de nómadas o de gente de viaje de conocimientos y contactos –como se decía antes, que tal vez se entienda mejor –, que si había ardido el santuario de Olimpia y se había profanado el santuario de Kerbala, que había que salvar los nuevos santuarios, como los jardines de Lesbos y de Knosos, y a todos y a todas, a tods, hacía llorar, la muy cabrona. Y luego se alejaba del grupo reunido, le hacía un corte de mangas a la concurrencia, y con una carcajada aguardentosa se abría paso entre el público y se perdía por el fondo negro del descampado. Era una de sus creaciones callejeras de esa temporada y tenía a la ciudad y colonia algo soliviantada. Pero les hacía mucha gracia a las niñas y a los niños y, además, era una Leila Naser, uno de los ídolos legendarios desde el origen mismo de las Leila Naser, aquella I que huyó de Alejandría de un matrimonio apalabrado con un hombrón, y terminó en la casa de don Borondón. Ahí es nada.

Andábamos con el intento de conectar con Pujolito, y de paso también con la Titina, para un trabajo de verano que nos pudiera resultar divertido, y en el que trabajar con las nuevas técnicas y maneras narrativas, que es a lo que íbamos a terminar por dedicarnos la mayoría de studiants de nuestro curso más global. Al final, éramos dos nórdicas –anglofinesa y germanonoruega – Tip y Carla, un chaval bantú, Corino, un italiano de Palermo, Salvatore, Salvo para las amistades, y una japonesa muy lista, Yamamoto. Y quedamos tods en Valencia. Era la gran urbe más próxima a la casa de don Borondón, el naranjal con su magnífica biblioteca en el castillete renacentista y en las nuevas dependencias y jardines que se habían ido abriendo, aún la sede de la fundación Manfredi-

Borondón de tanta historia ya. Queríamos especializarnos en narradores de historias del paraíso de las islas, sobre todo de su periodo clásico fundacional, y por ello necesitábamos localizar a algún superviviente; y habíamos coincidido en elegir al que resultó más dificultoso por su edad avanzada, el Pujolito. Todos 5 andábamos con los veinte años auestas, intentando encontrar algo al fin a lo que dedicar nuestras vidas, entre nomadeo y nomadeo en busca de espacio vital. El mundo era una inagotable posibilidad para cualquiera de nosotros con tal que pudiéramos estar conectados a la red, que ya había desbordado a su vez las redes del paraíso de las islas, con lugares concretos físicos que habían logrado sobrevivir mal que bien a la vorágine de los tiempos. Y más en aquellos tiempos del inicio del cambio climático, que decían por todas partes. La conversión de la casa de don Borondón el Antiguo, la biblioteca habitada del naranjal frente al mar, en casa de Fito Naser fue una de las claves mayores de su supervivencia. Fito Naser consiguió convertirse en el Gran Programador, como le titularon, y todo fluyó con naturalidad; el declive no era mayor que el del entorno de multinacionales galopantes descabalgadas y tigres financieros devorando hasta el trigo y el maíz para sus ingenierías futuristas fantasiosas, pero de racionalidad renqueante.

Por ello mismo resultaba emocionante el espectáculo del lamento de Leila Naser por las calles de la ciudad de Valencia ese verano, cuando la tropa de chics, con la decisiva ejecutiva Yamamoto al frente, se alojó un par de días en la ciudad para hacer las compras últimas precisas para su misión, camelarse al Pujolito para que soltara algo, sus recuerdos o lo que se le ocurriese, que no estaba nada clara la cosa por dónde iba a ir, a tenor de la hoja de ruta digital que habían terminado mal que bien de estructurar. Tenían un mes, alargable algo, pero no mucho, para hacerse con el Pujolito, con su colaboración. Y si esa colaboración conseguían convertirla en interesada, mejor; quiero decir, si Pujolito tenía interés en mostrar alguna variante de alguna de las historias que corrían del paraíso de las islas, mucho mejor, pues podría provocar a otros para intervenir y montarse así un buen bollo o un buen foro. Pero eso les interesaba menos –y ahí Yamamoto era contundente – pues lo que les interesaba como primer objetivo era la evocación más amplia y global posible, una posible narración lineal sencilla desde donde fuera que se abordase aquella realidad. Esas obsesiones de siempre por sintetizar, por resumir en cuatro líneas el sentido de la vida y de las cosas, siempre de acá para allá, casi como basura espacial. Pero Yamamoto era una más del's chics. Todo un equipo –Tip, Carla, Corino y Salvo – perfectamente homogéneo en sus disparidades, como se llevaba hacer. Y cada uno y cada una con sus especialidades y obsesiones dominantes como guías y motores de la investigación.

La Yamamoto mantenía la silueta del manga, su grácil desplante torero, su felinidad. Era pura decisión y almacenamiento. Un prodigio de la técnica minimalista última: al final de cada día ella era la que había conseguido seleccionar más información y más estructurada y ordenada. Y eso hacía que las bellezas nórdicas Tip y Carla y los sureños expertos en nomadeos varios Corino y Salvo, con la Yamamoto al frente cual mochila tecnológica, anduvieran por allí pateando la noche valenciana, por el Carmen mugriento e irremplazable, en cada esquina el subidón de la nostalgia de un paraíso de las islas diminuto, de

aquí para allá entre pandillers de horchaters y cocobolas felices y atildados. De “permi” o de parcheo, que decían, vete tú a saber de qué se trataba.

No les fue difícil encontrar los recambios últimos que necesitaban, sobre todo las martiritas de los colocones tranquilos, que decían –y vete tú a saber por qué, pues cuando menos te lo esperabas se te cuadraba la Imagen y la Idea y era un subidón cuáquero, como también se decía, y bueno. Pues eso, que en un par de días por Valencia nos atiborramos de los materiales fungibles necesarios, y hacia la casa de Fito Naser, antigua del Antiguo, por seguir jugando con la retórica de las historias del paraíso de las islas de cuando éramos chavals. ¡Anda tú, la Carol!, ¡cómo se sabía la historia del Pujolito por la casa grande, de la casa de la Montse por Ibiza, por allí corriendo en bolas y gritándole a la Titina bordelerías! Ella y la Tip, cuando se conocieron en un viaje de conocimiento y de contactos, como decían antes, o por ahí, como decimos ahora, pues se habían enrollado muchísimo con las historias del Pujolito y hasta habían tenido fantasías eróticas de tener un novio así de borrico y espontáneo. Por eso, cuando se enteraron de la “agrupación para prácticas” que quería ser más “agrupación de viaje de verano” para el asunto del Pujolito, se pusieron en contacto de inmediato entre sí y con los otros, y para Valencia. Lástima que ya no se estilara ir en moto, como los hijos del agobio antiguos, los de la gran comuna modular de Esmirna de la Kakadín, la del Pelo Verde, como le gustaba a ella ahora que la llamaran.

Nos vinimos en Travel Trip como siempre, o Viaje Trip como dicen en Valencia, y allí estábamos buscando furgoneta o mensajería para la casa del naranjal, que es como le decían en fino en la ciudad. A las furgonetas de la casa del naranjal se las distinguía enseguida por lo destartadas que eran y lo anticuadas que resultaban, pero les habían puesto unas azafatas y unos azafatos muy animados y enseguida se llenaban de gente. Al parecer, siempre había alguna concentración de algo por allí, pero sobre todo de los rollos de los de comunicaciones. Tampoco sabíamos qué hacía el viejo Pujolito en un lugar como aquel, hasta que vimos el panorama. Aquello parecía todavía lo que había sido siempre, un naranjal, pero con islas tecnológicas camufladas y el jardín botánico de don Borondón con la fuente monumental que recubría sus restos físicos, con su puntito de morbo funerario, aunque hablaban de reliquia de ADN singular y cosas por el estilo. Era uno de los espacios físicos de la geografía mítica de un paraíso de las islas que se narraba en historias disparatadas y variopintas, sin ejes directivos que no fueran el puro nomadear de la gente. Cómo iban de acá para allá con sus problemas e ilusiones y cómo se las arreglaban para seguir nomadeando.

Una de las premisas del proyecto de trabajo, o punto de partida, mejor, era el hecho de que Pujolito era el autor del cuento infantil “¡Polvo dorado, Pujolito!” (Ver “Paraíso...”, 10) que les había reunido como equipo. Sobre todo, para las chics, Yamamoto, Carla y Tip, era importante esa capacidad de autobiografiarse con tanto verismo. Para Salvo eso era relativo: “Sólo él mismo puede ser capaz de contarse así”. Lo que pasaba es que l’Amanuenses antigús eran retorcidis, y de ahí eso de ocultar la autoría de relatos y narraciones. Ya se sabía que sólo Yoniyón había sido capaz de escribir “Los hijos del agobio” (Ver “Paraíso...”,

08), otro de los relatos preferidos de cuando peques. O el asilvestrado de Erik Anderson el de “La muerte de don Borondón” (Ver “Paraíso...”, 11), como no podía ser menos por algunos detalles. Ocultaban su nombre, pero se les veía el plumero. Esa era la manera antigua de hacérselo l’Amanuenses. En no pocas ocasiones, con equipo detrás, además.

El caso de Pujolito es algo diferente, pues lo escribió muy joven para lo que suelen ser l’Amanuenses –que esperan a la ancianidad para rematar lo más tarde posible su texto – y, además, con la ayuda técnica de Titina y un equipo de gente informal, y allí mismo en la casa del naranjal o de Fito Naser, al parecer todavía la casa de don Borondón cuando Pujolito redactó su “¡Polvo dorado...!”

La cosa estaba clara: había que tirarle de la lengua al Pujolito para que les narrara historias de su nomadeo por el paraíso de las islas en formación, o en las primeras etapas de formación, mejor, pues eso nunca parecía que terminaría de formarse en plenitud, tal aquellas añoradas “edad de oro”. Porque la “edad de oro” es una realidad personal e intransferible casi, aunque muchas “edades de oro” simultáneas y operativas pueden conducir al delirio de una Edad de Oro: mas tiende de inmediato a desaparecer entre las mismas cenizas de la hoguera provocada. Eso era, en definitiva –estamos adelantando conclusiones, el equipo está funcionando – lo que Pujolito, el *hombre del Colmillo Verde*, como le conocían en su edad madura, entre bromas, hipidos, desplantes y comedias varias, vino a decirnos. “A confirmarnos”, concluyó elegante Yamamoto. Al lado de lo principal –nos apenó, pero lo comprendíamos -: estaba cansado de tanta cháchara y tanta vida.

II

LA CASA DEL NARANJAL se había ido extendiendo por la costa hacia el sur hasta llegar a engullir el Chiringuito de Eulogio, del que antes la separaban kilómetros y kilómetros de urbanizaciones turísticas, descampados y bosques quemados. Se había convertido, de hecho, en una ciudad singular, intersticio de nomadeo de gran vitalidad, y habían tenido que organizar una Alcaldía como en las otras macro-urbes, más bien una compleja gobernación de red modular similar a la de los hijos del agobio en Esmirna. Porque ese mismo había sido el caso. A la vez que iba surgiendo la ciudad modular de hijos del agobio en Esmirna, con aquella Kakadín *la del Pelo Verde* a la cabeza, que lo que menos hacía pensar a todos los que la veían era en una Alcaldesa, de forma paralela se fue ampliando y ampliando la casa de don Borondón, sobre todo a partir de su muerte, hace ahora medio siglo, allí mismo en la gran plataforma que los Cavernícolas, como les llamaban a las comitivas de artistas nómadas, habían convertido en fuente monumental para juegos de luz y sonido y para baños espumosos y para combate erótico. El gran jardín que rodeaba el divertido monumento funerario, creación personalísima de Erik Anderson, el amado del Antigüo, se había ido desarrollando y extendiendo según los diversos modelos ideales – Ideas – que había dejado descritos por extenso el mismo Anderson. “El desarrollo de los

jardines”, titularon luego sus notas sobre los jardines de la casa del Naranjal, así como los de Knosos y Lesbos. Algunos de esos diseños se los había narrado directamente don Borondón antes de su desaparición, pero se habían ido retorciendo y enriqueciendo –había ya un museo de especies desaparecidas que era una maravilla, aunque te entraran ganas de llorar muchas veces – a golpe de asambleas de tormentas de ideas – siempre la vieja Idea ácrata mitificada de por medio – hasta convertirse en una verdadera selva / jardín botánico naturalista y tecnológico.

Para no traicionar una de las almas de la casa de don Borondón, la de biblioteca habitada, y con cuanto más jaleo de por medio y más vaivén mejor, aquel parque botánico–tecnológico – la maldición de las palabras que deben definir – tenía sus intersticios residenciales y de contactos, el intersticio mismo de nomadeo, con abundantes casas grandes, más comunales, y las llamadas de apalanque, más confortables y protegidas de incomodidades, más pensadas para las carrozas y viejos, como se había puesto de moda designar a la manera antigua un poco canalla. Los orígenes del paraíso de las islas, en fin. Pues eso. En uno de esos intersticios tenía su casa el Pujolito, en donde se lo podía encontrar primavera y verano, pues durante el otoño y el invierno se le solía sacar a paseo por otras latitudes, hasta donde él pudiera aguantar o desear. Ahora, con ochenta y pico, ya pasaba de carroza a viejo sin más y parecía que su apalanque final quería hacerlo allí, en la casa de don Borondón. Para él nunca había sido aquella, como para los jóvenes, la casa de Fito Naser.

Esta narración pretende ser formalmente correcta. Hace tiempo que l'Amanuenses, al revés que antes –y sobre todo a raíz del caso de Eliodoro el Negro, que dejó apuntada su autoría en “Los siete viajes de Gina Manfredi” (Ver “Paraíso...”, 07) – habían decidido dejar su nombre o sus nombres, en el caso de que uno continuara el relato dejado por otro, al final de cada texto. Resultaba más cómodo, por otra parte, para agrupar la maraña de textos o relatos producidos, sobre todo los escritos en papel a la manera clásica antigua, que eran objeto de arte cotizado para coleccionistas y grandes instituciones culturales archivísticas y bibliotecarias. El mito de la sagrada reliquia de las religiones o realigaciones antiguas. Eso eran: reliquia material de una historia en circulación digital desbocada, a la que había que volver de vez en cuando para serenar. El tesoro de la biblioteca de don Borondón como archivo y luego –con Fito Naser – cerebro central digital de aquella gran movida informe.

Todo esto viene a cuento ante cierta incomodidad inicial al pretender que esta narración sea formalmente correcta. Es una de nuestras certezas, de momento, hay que respetar al máximo las formas pues afectan de manera directa al contenido mismo, haciéndolo verosímil o manipulado hasta de manera inconsciente. Formalmente se quedó en que el relato debe de ser firmado, debe de identificar al autor para poder aceptarlo, y con las nuevas maneras de narrar la autoría individual de cualquier investigación formalmente correcta es imposible. Yo mismo soy el equipo 5 Chics, las chicas Yamamoto, Tip y Carla, y los chicos Corino y Salvo. Y bien, ¿qué

me decís? Pero esto es casi absurdo y hay que revisar las normas de Amanuenses, que ya ni amanuenses ni nada. Nosotrs –sí, nosotrs, como catalán o así, nosotros y nosotras – hemos tenido que subcontratar, como se decía, incorporar al grupo-equipo a l'Amanuense anonim, al de la Pluma. Ahí es nada. El original garrapateado por Yamamoto y Salvo, Carla y Tip, más el Corino, siempre reacio al garrapateo literario, y homogeneizado lo más posible por la Tip, la más literaria, va como va. Ya veis. El inevitable meandro, casi de mear –y esto, como casi siempre, es de la bruta Yamamoto.

En fin, perdonen las inevitables voces. Las voces de la barahúnda o de la marabunta, que ni Corino lo sabía precisar. Y luego dicen que hay que saber de barcos para escribir de gente en barco o de motos para hacerlo de gente en moto. Lo que hay que entender es de gente, querids. Lo mismo que si se le hubiera querido exigir a Kakadín, *la del Pelo Verde*, de niña Kakadín *la titi de los kikis*, putón berbernero, saber ser Alcaldesa de un poblado. “¡Pues no, que una es una titi libre!”, habría contestado, “Y aquí hay que hacer lo que la marcha marque, y sin mamoneos”. Y a eso se le puede llamar perfectamente gobernar.